

Barreyra, Diego

"Maten a su señor". Los oscuros orígenes del reino de Amurru en el periodo de El-Amarna
Estudios de Asia y África, vol. XLI, núm. 2, 2006, pp. 255-276
El Colegio de México, A.C.
Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=58641204>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

“MATEN A SU SEÑOR”. LOS OSCUROS ORÍGENES DEL REINO DE AMURRU EN EL PERÍODO DE EL-AMARNA

DIEGO BARREYRA

New York University

Introducción: Presencia egipcia en Asia durante el Bronce Tardío

Luego de la exitosa campaña egipcia que determinó la expulsión de los gobernantes semítico-occidentales del delta del Nilo, los faraones no detuvieron su ofensiva militar y condujeron varias expediciones en los territorios asiáticos, logrando traspasar los confines del norte de Palestina.¹ Sin embargo, la hegemonía del reino de Mitanni en los territorios sirios no parece haber sido seriamente amenazada por la ofensiva egipcia durante aquellos tiempos, como muestran los textos encontrados en el nivel IV de Alalakh: no existe ninguna mención en estos documentos del rey de Egipto actuando como gran señor de pequeños reinos subordinados a su poderío.² Además, si la datación de la inscripción de Idrimi de Alalakh a comienzos del siglo xv a. C. es correcta,³ el mismo hecho de que la ciudad de Alalakh estu-

Este artículo fue recibido por la dirección de la revista el 27 de julio de 2005 y aceptado para su publicación el 24 de agosto de 2005.

¹ La política de expansión egipcia en territorios asiáticos ha sido entendida como un modo de proteger el valle del Nilo de la incursión de grupos semíticos, localizando un supuesto límite de influencia egipcia en territorios lo más alejados posible del país. Véase Frederick Giles, *The Amarna Age: Western Asia*, Warminster, Aris & Phillips, 1997, p. 9. Esta teoría dejaría sin efecto el modelo de una supuesta ideología imperial expansionista a comienzos del siglo xv a. C., que parece estar ausente en los documentos escritos.

² *Ibid.*, p. 10.

³ La discusión en torno de la datación de la estatua inscrita del rey Idrimi de Alalakh ha producido algunas propuestas diferentes, pero la cuestión central es elucidar cuándo pudieron tener lugar los hechos que se relatan en la inscripción. Las líneas de argumentación para datar la estatua en un período posterior al 1500 a. C., que es la

viese dentro de la órbita de influencia mitannia habla por sí solo de la ausencia de una real presencia egipcia en Siria en esos momentos.

Ya en tiempos de Tutmosis III, el faraón parece haber consolidado el control político y militar egipcio sobre toda Palestina y las tierras del sur de Siria. Tutmosis condujo sus ejércitos hasta la misma margen derecha del río Éufrates, donde hizo erigir una estela conmemorativa de su gran campaña. Este acontecimiento le reportó al faraón la inmediata adhesión de la importante ciudad siria de Ugarit, que le rindió pleitesía hasta su conocido paso a la órbita hitita tiempo después. Antes de alcanzar este punto geográfico, las tropas habían obtenido un éxito rotundo ante los cuerpos de *maryannu* mitannios frente a las puertas de la ciudad de Meggido y se habían apoderado de la ciudad de Qadesh. Todo el valle del río Orontes quedaba entonces controlado por Egipto; momento histórico considerado como el punto más alto del poderío egipcio en Siria. Los sucesores de Tutmosis III tratarán en vano de mantener estas mismas posiciones territoriales y la misma intensidad de la influencia egipcia.

En cuanto a las “relaciones internacionales” se refiere, ya nada será igual para los egipcios desde el arribo a la escena siria del poder político y militar de Hatti. Su rey Shuppiluliuma (1380-1340 a. C.) invadió el norte de Siria y reemplazó al reino hurrita de Mitanni como poder hegemónico en la región. Los hititas se convirtieron por entonces en los nuevos señores para los pequeños y modestos reinos de la mitad septentrional de Siria, como Ugarit y Qadesh que buscaron la “protección” del gran rey de Hatti, y la influencia egipcia disminuyó notablemente.

Amenhotep IV gobernaba Egipto por estos tiempos desde su nueva capital fundada en el sitio de El-Amarna, donde en 1887 un equipo arqueológico descubrió el famoso y extenso

fecha comúnmente aceptada, son las siguientes: *a*) el estilo artístico de la estatua corresponde más bien a un periodo posterior; *b*) en tiempos posteriores a la fecha tradicionalmente aceptada es muy común encontrar este tipo de estatuas inscriptas, y *c*) tanto la estatua como el trono fueron desenterrados en el estrato 1b de la excavación, un estrato que es datado aproximadamente en el 1200 a. C. Lo que ocurre es que las pruebas realizadas sobre la estatua arrojan otros resultados. Véase Tremper Longman III. *Fictional Akkadian Autobiography. A generic and comparative study*, Eisenbrauns, 1991, pp. 65-66.

archivo diplomático de tablillas cuneiformes cuya lectura nos permite conocer los detalles de este turbulento periodo. Una buena cantidad de textos representa la correspondencia entre la administración real egipcia y los reinos subordinados de Líbano y Palestina, y entre ellos asoman con fuerte grado de interés para nosotros aquellos relacionados con la región del sur de Siria denominada Amurru, ya que en estas tierras limítrofes con el área de influencia mitannia y luego hitita parece haber estado desarrollándose una nueva entidad política cuyos orígenes y características están aún discutiéndose por los investigadores. Ciertamente el estudio de la creación del reino de Amurru —en particular los hechos sucedidos durante el relativamente corto periodo de actividad de su primer líder Abdi-Ashirta— nos permite analizar qué tipo de conflictos sociopolíticos podían tener lugar dentro de los dominios del gran rey de Egipto en Asia, bajo un esquema de relaciones interdinásticas que no parece haber sido tan rígido como uno podría suponer a primera vista.

Amurru como posesión egipcia

Fue sólo a partir de la decimoctava dinastía egipcia que la región de Amurru pasó a estar bajo su control. Los primeros datos de la nueva situación provienen de los anales del rey Tutmosis III, quien en el año 29 de su reinado (1475 a. C.) conquistó el fuerte de Ullasa, defendido por tropas de la ciudad siria de Tunip. En una campaña subsiguiente los egipcios se apoderaron de los asentamientos urbanos de Ardata y Sumur. Para asegurar el relativo control de los movimientos en la zona, Sumur y Ullasa se convirtieron en dos principales bastiones militares, abastecidos permanentemente con comida, agua y equipamiento militar.⁴ Con la anexión de Tunip en el Orontes medio poco tiempo después, el triángulo de bastiones parece haber sido considerado por los egipcios como su distrito más septentrional, el que llevaba el nombre de Amurru.

⁴ Véase Itamar Singer, "A concise history of Amurru", en Shlomo Izre'el, *Amurru Akkadian: A Linguistic Study*, vol. II, Harvard Semitic Studies 41, 1991, p. 135.

La elección de este nombre resulta un poco extraña. En principio esta palabra es en realidad un término acadio que designa al oeste en general, y a veces se refiere específicamente al viento occidental visto desde el centro de la región mesopotámica. La información proveniente de algunas ciudades del sur de Irak durante los últimos años del tercer milenio anterior a nuestra era muestra que el término era usado también para referirse a la gente que “bajaba” desde el oeste (Siria) y se asentaba en tierras meridionales del país de Sumer y de Acad.⁵ En los textos de Mari y Alalakh de la primera mitad del segundo milenio antes de nuestra era los escribas parecen haber usado el término *amurru* para indicar un territorio particular situado en Siria central,⁶ aunque a decir verdad la palabra continuó teniendo un sentido bastante vago. Por otra parte, esos territorios no parecen haber estado unificados políticamente⁷ para ser entendidos como una entidad diferente a una mera dirección cardinal. El hecho de que esta palabra viniere después a convertirse en un marcador étnico que designa específicamente a la población de los valles del norte de Líbano y sur de Siria es una interesante incógnita que aún no tiene clara respuesta. Los egipcios usaban esta denominación entonces, antes de que un proceso de unificación política diera sus primeros pasos en la región.

Como en cualquier otro espacio de sus posesiones asiáticas, la administración real egipcia estaba principalmente interesada en salvaguardar las llanuras costeras y vigilar la seguridad de las rutas que las comunicaban con el interior sirio. Las densamente boscosas laderas de los montes de Ansariyeh y el sector septentrional de la cadena montañosa del Líbano les preocupaba sólo en la medida de que sus poblaciones pudiesen representar alguna seria amenaza para el control de las rutas estratégicas. Es posible que los egipcios hayan valorado muy positivamente el territorio montañoso de Amurru como probable fuente de madera, pero de hecho la provisión del precioso material estuvo siempre a cargo del aliado Biblos, como una de sus obli-

⁵ Véase J. N. Postgate, *Ancient Mesopotamia*, Routledge, 1994.

⁶ Véase Jean Robert Kupper, *Les nomades en Mésopotamie au temps des rois de Mari*, París, 1957, pp. 178-180.

⁷ Véase Mario Liverani, “Social implications in the politics of Abdi-Ashirta of Amurru”, en Mario Liverani, *Three Amarna essays*, Undena Publications, 1979, p. 14.

gaciones para con su señor egipcio.⁸ Por lo tanto se infiere que las tierras altas del valle fluvial del río Eleutheros fueron siempre consideradas marginales, el hogar de grupos seminómadas que practicaban una economía de pastoreo estacional.

La historia de Amurru, que nosotros conocemos gracias a documentos escritos, comienza cuando los habitantes de las tierras altas, reunidos en torno de un jefe central, logran concentrar el poder militar suficiente para apoderarse de las ciudades costeras y fundar las bases de un incipiente Estado territorial. No hay información disponible para conocer algo de los aspectos sociológicos de la relación entre la llanura costera y las tierras altas en el norte de Líbano, sobre cómo y por qué los grupos de seminómadas se expandieron por el país; sin embargo, los textos de Amarna muestran que hacia mediados del siglo XIV a. C. el proceso de consolidación de una unidad política llamada Amurru estaba en movimiento. El líder de estos grupos era Abdi-Ashirta, quien mantenía una fluida correspondencia con la administración egipcia y a veces con el mismo faraón.

El avance de Abdi-Ashirta y el pánico de Rib-Addi

Nada se sabe de los orígenes de Abdi-Ashirta, quien debe haber alcanzado una posición dominante en una de las tribus de las tierras altas para luego convertirse en el jefe líder de una alianza más amplia de grupos tribales. La posibilidad de que él haya provenido de una de las familias reales de las ciudades costeras no puede descartarse, pero tal sugerencia no encuentra ninguna base documental que la sustente.

La información "histórica" incluida en la inscripción de Idrimi podría darnos algunas claves para entender mejor la posición de Abdi-Ashirta en caso de adoptar nosotros la hipótesis de un origen real. La historia describe cómo Idrimi construyó las bases de su poder político en circunstancias personales bastante particulares. Después de soportar el exilio político junto a sus familiares en la ciudad de Emar, localizada en la margen izquierda del Éufrates, el menor de los hermanos decide

⁸ Véase Itamar Singer, "A concise history...", *op. cit.*, pp. 139-140.

internarse en la estepa siria, donde habitan los nómadas suteos. Idrimi alcanza las tierras de Canaan y se suma a grupos de población definidos en el texto con los logogramas sumerios SA.GAZ, mejor conocidos en otros textos con el término *habiru*. Con la ayuda de estos grupos, Idrimi retorna a su ciudad de origen, Alalakh, y toma el poder por la fuerza, recuperando el trono para su familia. Frecuentemente se ha interpretado la epopeya personal de Idrimi como una mera ficción que buscaba legitimar la posición de un reciente usurpador del trono de la ciudad siria de Alalakh. Los siete años que pasa Idrimi en compañía de los *habiru* son uno de los tantos elementos de conocidas *type-scenes* de la literatura del cercano oriente, parte de la común historia oral de Siria-Palestina.⁹ Pero incluso así la historia hace referencia a realidades bastante tangibles durante el periodo de la segunda mitad del segundo milenio anterior a nuestra era: la existencia de una red social en tierras que se encontraban relativamente fuera del control político y militar de las ciudades-Estado, red social que podía convertirse en algún momento en la base de soporte de un jefe político, más allá de sus orígenes geográficos y culturales.

Los *habiru* aparecen muy frecuentemente en las cartas del archivo de El-Amarna, y nosotros también sabemos de ellos por información documental de diferentes lugares. Podemos definir el estatus social de estos grupos como “refugiados”, de acuerdo con el análisis realizado por Jean Bottéro,¹⁰ y entender que los individuos asentados bajo esta categoría han abandonado en el pasado las tierras controladas por las ciudades del llano por razones políticas o económicas. De esta manera un esclavo que se fugara de una casa podía encontrar con relativa facilidad una nueva comunidad en las regiones de la montaña, donde encontraba asiento junto a exiliados políticos y aldeanos que se habían endeudado demasiado en sus lugares de origen. En palabras de Mario Liverani: “El considerable flujo de refugia-

⁹ Véase Tremper Longman III, *Fictional Akkadian...*, *op. cit.*, Además de la familiar historia bíblica de David y su exilio entre los grupos seminómadas de Judea, se puede agregar aquí el hecho destacable de que ambos personajes son los menores de un grupo de hermanos.

¹⁰ Véase Jean Bottéro, *Le problème des Habiru*, París, 1954; también William Moran, “Join the ‘Apiru or become one?’”, en William Moran, *Amarna Studies: collected writings*, editado por John Huehnergard y Shlomo Izre’el, Eisenbrauns, 2003, pp. 317-321.

dos es determinado de manera evidente por las características físicas y políticas de la región. La presencia de montañas y bosques hace que el área sea apropiada para aquellos que están en contra de la autoridad gubernamental y desean escapar de su control.”¹¹

Los mismos habiru aparecen frecuentemente relacionados con Abdi-Ashirta. Ahora, la evaluación de la exacta naturaleza de los lazos entre este líder y aquellos grupos de rebeldes depende en última instancia del criterio con que nosotros procesemos la información contenida en las polémicas descripciones que ha hecho de Abdi-Ashirta su archienemigo Rib-Addi de Biblos. La situación es particularmente difícil aquí, ya que cualquier análisis tiene que basarse casi en su totalidad en la yuxtaposición de repetitivas y estereotipadas cartas difamatorias escritas por el rey de Biblos con la administración egipcia como destinataria. Por lo tanto, los investigadores se ven obligados frecuentemente a confiar en su propia intuición,¹² aplicar un razonamiento de tipo lógico o simplemente basar sus suposiciones en la evidencia acumulada para secuencias temporales más largas.

Es verdad que el término habiru tenía terribles connotaciones dentro de la esfera estatal, ya que designa a grupos sociales que habían rechazado el pago del tributo y escapado del área de control político ejercido desde las ciudades. Pero incluso si nosotros asumimos que considerables exageraciones pueden haber impregnado las palabras de Rib-Addi, difícilmente puede ser negado que elementos rebeldes de las tierras altas sumaran sus esfuerzos a los grupos de descontentos en los centros urbanos de la región para asistir el surgimiento del poder personal de Abdi-Ashirta.

Como será discutido a continuación, un elemento crucial para inferir la importancia del papel de los habiru en la creación del reino de Amurru es el mismo contenido de las palabras de su líder, que nosotros conocemos sólo por los mensajes del rey de Biblos a la administración egipcia. El otro aspecto importante por considerar son los detalles que el rey de Bi-

¹¹ Mario Liverani, “Social implications...”, *op. cit.*, p. 15 (Trad. del Ed.). Liverani sigue aquí la idea de Michael Rowton en “The topological factor in the Hapiru problem”, *Studies B. Landsberger*, Chicago, 1965, pp. 375-388.

¹² Véase Itamar Singer, “A concise history...”, *op. cit.*, p. 143.

blos ofrece en cada mensaje, ricos en información sociopolítica: en todo caso los miedos de Rib-Addi se materializaron cuando se encontró a sí mismo sitiado dentro de su ciudad por las tropas de Amurru; realidad que le da cierto fundamento a las acusaciones del monarca de Biblos. Gran parte de estas acusaciones no deberían ser rechazadas como meras invenciones para ganar rédito político.¹³

Las ciudades costeras de la región de Amurru fueron cayendo una tras otra en manos de Abdi-Ashirta, seguidas poco después por las ciudades que estaban dentro de la esfera de influencia de Biblos. Los primeros grandes asentamientos urbanos que el líder de Amurru asaltó fueron Ardata e Irgata, situadas en la zona meridional del país a los pies de los montes de Líbano. Los gobernantes de estas ciudades parecen haber sido asesinados durante las revueltas de la población local, incitadas por los hombres de Abdi-Ashirta.¹⁴ Una de las cartas encontradas en el archivo de El-Amarna, catalogada con el número 62, muestra a Abdi-Ashirta dirigiéndose a Pahanate, el comisionado egipcio en el país de Amurru:

¿Qué significan las palabras que tú hablas, mi señor? Tú, mi señor, hablas así: "Tú eres un enemigo de Egipto; cometiste un acto malvado contra los egipcios." Que mi señor escuche. En la ciudad de Sumur no había [hombres] para defenderla, como él había ordenado. Y Sumur tenía miedo de las tropas de Shehlat. No había hombres para defenderla. Y yo rápidamente vine desde Irgat, me dirigí hacia Sumur [...] tu casa de las manos de las tropas de Shehlat. Si yo no hubiese estado estacionado en Irgat, si yo no hubiese estado estacionado en un lugar [donde] la casa está en calma, entonces las tropas de Shehlat iban a poner Sumur y su palacio en llamas.¹⁵

¹³ Véase Barry Kemp, *Ancient Egypt. Anatomy of a civilization*, Londres, Routledge, 1991.

¹⁴ Véase Itamar Singer, "A concise history...", *op. cit.*, pp. 143-144.

¹⁵ Líneas 1-20: ana Pahanate bēliya, umma Abdi-Aširte wardūkā-ma, ana šēpē bēliya amqut, mīnu awatēka bēli, ša tadabbubšunu iqbūnīm kīam, tadabbub bēli attā-nī nakru, ša māt Miṣri tēpuš lumna, ana awīl māt Miṣri lišme, bēli yānu awīl ina libbi Šumur, ana naṣāriši kīma qabēšu u, Šumur šabē Šehlat, palhat yānu awīl ina libbiši ana naṣāriši, u innirir anāku ištu Irgat, u ašbat anāku Šumur, l̄bitāka ištu qātī, šabē Šhāli šumma ul ašbāku, anāku ina Irgat šumma ina ašar bitu nīh, ašbāku u lū išarrapūnim, ina išatātē Šumuri, u ekallim šabē Šehlali. Cf. transliteración en Shlomo Izre'el, *Amurru Akkadian: A linguistic study*, vol. II, *op. cit.*, pp. 10-11. Algunas restauraciones se encuentran disponibles en la obra de William Moran, *Les Lettres d'El-Amarna*, Les Éditions du Cerf, 1987, pp. 236-237.

Irqata por entonces se había convertido en la base militar de Abdi-Ashirta para desde allí lanzar sus ataques. Sus tropas partieron de allí para ocupar los objetivos más importantes del país, tales como la plaza fuerte de Sumur, asiento de los comisionados egipcios. La oportunidad para entrar a la ciudad sin entablar un conflicto con Egipto se presentó cuando un ejército de la ciudad siria de Shehlat cayó sobre la fortaleza y mató a la mayor parte de sus ocupantes. En la misma carta 62, Abdi-Ashirta declara haber rescatado cuatro sobrevivientes durante su "contraataque" a los sehlalitas, pero las fuerzas enemigas habrían matado 25 hombres de Sumur antes del arribo de Abdi-Ashirta, según el reporte realizado por este último (líneas 29-34). Parece que el comisionado Pahanate no dio crédito a la historia de la supuesta desinteresada acción de un leal súbdito de Egipto, lo que llevó a Abdi-Ashirta a pensar que sería necesario escribir este mensaje para aclarar su posición frente al gran señor de Egipto. No sabemos el efecto que este reporte finalmente tuvo, pero en las líneas 40-46 de la carta 62, Abdi-Ashirta parece denunciar que su mala reputación luego del episodio de la toma de Sumur fue en realidad una consecuencia de lo que los *hazannu* (gobernantes locales subordinados a Egipto) habían dicho al comisionado Pahanate. El Líder de Amurru incluso se atreve a señalar que Turamaya, uno de los gobernantes locales del país, ha estado confabulado con los de Shehlat. En el cruce de acusaciones la confrontación con los reyezuelos de las ciudades es abierta, y uno de los objetivos de Abdi-Ashirta era aparentemente conseguir el reconocimiento egipcio a su posición; un reconocimiento que le diese apoyo en su campaña contra aquéllos.

El texto número 60 muestra que Pahanate dio finalmente su consentimiento a la presencia militar de Abdi-Ashirta en Sumur. Con él como intermediario, el líder de Amurru se dirige directamente al faraón:

Así como soy el siervo de mi rey y el perro de su casa yo estoy vigilando para mi rey, mi señor, todo el país de Amurru. He dicho repetidas veces a Pahanate, mi comisionado, "tú deberías tomar tropas auxiliares para cuidar las posesiones del rey". Ahora todos los reyes del rey de las tropas hurritas desean saquear las tierras que están en mis manos y las del país de los *hazannu*. [...] yo las estoy cuidando. Que ahora el rey, el Sol,

pregunte a Pahanate, mi comisionado, si yo no custodio Sumur y Ullasa. Cuando mi comisionado está en una misión del rey, el Sol, entonces soy yo el que cosecha el grano de Sumur y de todas las tierras para el rey, mi Sol, mi señor. Que mi señor, el rey, me reconozca y me asigne en las manos de Pahanate, mi comisionado.¹⁶

De la lectura de la carta parece muy claro que Abdi-Ashirta contaba ya con el auxilio de Pahanate, ya que estaba convencido que el comisionado egipcio iba a dar muy buenas referencias del líder de Amurru. El faraón seguramente no estaba al tanto de los detalles de la nueva situación política creada en sus posesiones más septentrionales, y por lo tanto Abdi-Ashirta intenta hacerle saber que todo está en orden en las tierras que él administra. El faraón puede confiar en la lealtad de Abdi-Ashirta, quien cree entonces merecer el reconocimiento oficial y un nombramiento como “asistente” del comisionado egipcio en Amurru.

Un aspecto importante que cabe destacar es que cuando Abdi-Ashirta se refiere a una supuesta amenaza de los reyezuelos de la confederación mitannia para atacar Amurru (una imagen que ayudaba a reforzar seguramente la necesidad de reconocimiento hacia Abdi-Ashirta) el líder de Amurru se diferencia notablemente de los *hazannu*. Esto probablemente signifique que hasta que el rey de Egipto no reconozca oficialmente a Abdi-Ashirta como súbdito sirio de la Corona, éste no puede llamarse a sí mismo un *hazannu*. Sin embargo, existe también una segunda lectura de los dichos del líder amorrita: desde el inicio de su actuación pública Abdi-Ashirta nunca estuvo dispuesto a colocarse en un estatus de dependencia completa de los egipcios. Uno puede inferir de la lectura de un pasaje de la carta 71 (líneas 16-19) que Abdi-Ashirta puede haber estado disfrutando de un estatus distinto al de los gobernadores de ciudades, luego de la toma de Sumur y del apoyo que parece

¹⁶ Líneas 6-32: amur anāku warad šarri u, kalbu ša bītū u, māt Amurri gabbāšu, ana šarri bēliya anaşşaršu, aqbi aštani ana Pahanate, rābişa liqa-mi, šābē tillatim ana naşāri, mātāti šarri anūma gabbī, šarri ša šarri šābē Hurri, tub"ānim mātāti, ana habālim ištu, qātiya u qāt hazanūte, ša šarrim bēliya u, anaşşaršunu anūma, Pahanate rābişa, yişālšu šarrum UTU, şumma lā anaşşar, Şumuri Ullasa, inūma rābişa, ina şipirti šarrim UTU, u anāku eṣed se'ām, ša Şumur u gabbī, mātātim ana šarrim UTU-ya, bēliya anaşşaršu, u šarrum bēliya lū yīdānni, u yipqidni ina qāt, Pahanate rābişa.

haber conseguido del comisionado egipcio. En dicho pasaje el rey de Biblos preguntaba al visir Haya ¿Qué es Abdi-Ashirta, siervo y perro, que toma la tierra del rey para él mismo?¹⁷ Obviamente Rib-Addi de Biblos tenía una perspectiva muy diferente de los eventos que terminaron con la toma de Sumur. En su opinión, Abdi-Ashirta se aprovechó de la ausencia de Pahanate en Sumur para entrar con tropas en la ciudad, un acto de insubordinación hacia la suprema autoridad del faraón que debía ser castigado. Los hechos básicos no son muy diferentes en los reportes de Abdi-Ashirta y Rib-Addi, sólo sus puntos de vista sobre el propósito de la toma de Sumur. La cancillería egipcia, actuando de acuerdo con los lineamientos de una *real politik*, decidió soportar la presencia militar de Abdi-Ashirta en Sumur por un tiempo, lo que prueba que el faraón estaba dispuesto a aceptarlo como nuevo subordinado en el sudoeste sirio.

Rib-Addi pensaba que el episodio de Sumur era de importancia crítica para su posición en la costa de Líbano. En el archivo de El-Amarna número 68 el rey de Biblos se dirige al faraón con su característico estilo lacrimógeno: "La hostilidad de los habiru contra mí es realmente muy grande. Entonces que el rey, mi señor, no descuide a Sumur, sino todos se sumarán a los habiru."¹⁸

Rib-Addi parece estar preocupado por la aceptación egipcia de una conducta anómala; pero le preocupaba más lo que sucediese en un futuro inmediato con el creciente fenómeno socioeconómico que constituyan los habiru: la noticia de una victoria política y militar de tropas habiru alentaría a los segmentos de población que estaban descontentos con la economía política de las ciudades por sumarse también a este nuevo partido. Los acontecimientos posteriores dirán que él no estaba equivocado.

Con todo o la mayor parte del territorio de la provincia de Amurru bajo su control, Abdi-Ashirta prosiguió con sus victoriosas campañas en dirección sur, e ingresó al área de Biblos,

¹⁷ Líneas 16-19: minu Abdi-Asirta ardu, kalbu u i"ilu, māt Šarri ana šāsu. Transliteraciones disponibles en Samuel Mercer (ed.), *The Tell El Amarna Tablets*, The MacMillan Company of Canada Limited, 1939.

¹⁸ Líneas 12-18: dannat danniš nukurtum, ša šābē Apirī, muhhiya u lā yaqul-me, Šarru bēliya ištū, Šumur, lā ennippuš gabbu, ana šābē Apirī.

asiento de su enemigo público número uno. Las ciudades costeras de Ammiya, Shigata, Bitarha y Batruna cayeron en sus manos, generalmente como consecuencia de un previo levantamiento de la población. Despojado de todas sus posesiones territoriales fuera de Biblos y con las tropas de Abdi-Ashirta acercándose a la misma ciudad, Rib-Addi buscó el apoyo de sus vecinos meridionales, Beirut, Sidon y Tiro, sólo para descubrir que la ola de rebeliones se ha extendido hasta la última: la familia real de Tiro, que incluía a la propia hermana de Rib-Addi, ha sido asesinada durante un golpe de Estado. En su desesperación, el rey de Biblos estaba dispuesto incluso a pagar un costoso rescate por su supervivencia al frente de la ciudad.

Para esta campaña el líder de Amurru parece haber contado con la aprobación egipcia, o al menos eso sentía Abdi-Ashirta, ya que solicitaba al faraón el pronto envío de un alto oficial para protegerse de sus enemigos (archivo El-Amarna número 64). Al mismo tiempo, el rey de Biblos comenzaba a enviar periódicamente desesperados mensajes a la administración egipcia, en los que rogaba por una inmediata ayuda militar. Rib-Addi sabía que no era capaz de afrontar los terribles efectos de una rebelión general en el país, y así lo reconoce en la carta número 69, donde admite que su posición estaba debilitándose. Allí Rib-Addi le escribe a un alto oficial egipcio: Dije repetidamente “todos ellos se han puesto de acuerdo en mi contra”. Además, mira, ellos han atacado día y noche en la guerra contra mí. Por otra parte tú sabes que mis ciudades están amenazándome y que yo no he sido capaz de hacer las paces con ellas.¹⁹

A último momento, sin embargo, Biblos quedó indemne cuando en el pico más alto de su ascenso político Abdi-Ashirta sufre una muerte violenta. Las exactas circunstancias de la caída final del líder amurrita son misteriosas, para no mencionar las razones políticas para su desaparición. Lo que sabemos es que una fuerza militar egipcia desembarcó en Sumur y reocupó la ciudad, pero ningún dato es lo suficientemente claro como para asegurar que fueron los egipcios quienes lo mataron.

¹⁹ Líneas 10-18: *aqabbu iltiqū-mi gabbu awāti, ina birissunu muhhiya, šanītu anumma inanna, inammušū urra mūša, ina nugurtī ša muhhi, šanītu atta tidi-mi, alāniya dānnu muhhiya, u ul īli ipiš, damqa ittišunu.*

Aparentemente el reino de Egipto no tenía necesidad de desprendese de él por el momento. Abdi-Ashirta no podría ser catalogado como un oponente de la autoridad egipcia. Como se ha visto, él buscó siempre el reconocimiento oficial dentro de la estructura del sistema de dominación egipcio, al reclamar para su persona sólo el estatus de un asistente que actúa en ausencia del comisionado egipcio. En su visión personal del estado de cosas, él se sentía con derecho a este estatus por la fuerza que le daba el hecho de ser un leal guardián de los intereses egipcios en Amurru, como cuando se ofrece a defender el territorio de un hipotético ataque de Mitanni. Los egipcios consintieron por algún tiempo al autoproclamado súbdito Abdi-Ashirta, pero el hecho de que tropas egipcias hayan entrado por la fuerza en Sumur es lo suficientemente sugestivo como para pensar en la existencia de algún tipo de conflicto entre el poder local emergente y Egipto.

En los textos del archivo de El-Amarna números 108, 117, 132 y 138, se hace mención de la exitosa misión militar egipcia en Sumur. William Moran ha sugerido una lectura de las líneas 32-33 del texto 108 como si fuesen un recuerdo de Rib-Addi del acontecimiento pasado. Si las restauraciones al texto original hechas por Moran son correctas, el rey de Biblos pregunta: ¿[Acaso el rey] no tomó a Abdi-Ashirta para él mismo?²⁰ Con algunas pequeñas variaciones, Rib-Addi hace la misma pregunta en El-Amarna número 117. Pareciese, sin embargo, que los egipcios lo dejaron en libertad y los propios camaradas de Abdi-Ashirta lo ejecutaron.²¹ Las circunstancias son confusas, pero sin duda que la pérdida de Sumur fue la principal causa de la caída de Abdi-Ashirta.

En algunas cartas Rib-Addi había realizado acusaciones de que el líder de Amurru cooperaba con el reino de Mitanni mediante el envío de un tributo (archivo El-Amarna núm. 86, líneas 8-12, y núm. 90, líneas 19-22). El pasaje más explícito y significativo sin embargo se encuentra en el archivo El-Amarna número 85, líneas 51-55, donde el rey de Biblos reporta la ame-

²⁰ *Bitāti ül lāqi, Abdi-Asirta ana šāšu*. Véase William Moran, *Les lettres d'El-Amarna*, *op. cit.*, p. 182.

²¹ Véase William Moran, "The death of Abdi-Ashirta", en William Moran, *Amarna Studies...*, *op. cit.*, pp. 227-236.

nzante campaña del rey de Mitanni hacia Sumur; según Rib-Addi la campaña tenía como objetivo la captura de Biblos. El reporte es bastante sospechoso en cuanto a intenciones simplemente difamatorias: sabemos que Mitanni y Egipto mantenían una alianza política desde los tiempos del faraón Tutmosis III, y más especialmente cuando ambos aliados enfrentaron la creciente amenaza hitita sobre los territorios sirios. Este reporte sensacionalista de Rib-Addi parece haber sido concebido entonces como un intento de conseguir el apoyo militar egipcio para marchar contra el líder de Amurru. Es realmente difícil creer que la administración real egipcia pudiese haber sido engañada con tal falsa alarma y ordenado la captura de Abdi-Ashirta por este motivo.

No podemos encontrar una respuesta clara y concisa para la pregunta de por qué el faraón decidió cortar el avance de Abdi-Ashirta con los datos que tenemos hoy a mano; podemos sólo inferir algunas motivaciones egipcias del estudio de los modelos políticos de la época.

Políticas egipcias y el programa sociopolítico de Abdi-Ashirta

Cuando el rey Tutmosis III alcanzó las riberas del Éufrates, un terreno que probablemente representaba para los egipcios el límite acuático del mundo, y erigió la estela que conmemora su hazaña, lo hacía siguiendo una muy antigua tradición. Esa laja de piedra inscripta con caracteres jeroglíficos, erigida en el punto más remoto de lo que los egipcios consideraban sus posesiones universales, significaba en primera instancia que todo el territorio ubicado entre las aguas del Nilo y las del Éufrates era propiedad del rey del Alto y del Bajo Egipto. Las comunidades agrarias, las aldeas y ciudades de Siria-Palestina podían administrar y dirigir el trabajo en las tierras, pero todos estaban en conocimiento de quién era en última instancia el verdadero propietario de ellas. El rey de Egipto se sentía con pleno derecho de atravesar el territorio asiático cuantas veces él quisiese, sin importar el momento en que lo hiciera, y si tenemos en cuenta que los egipcios no serían siempre capaces de alcan-

zar los bordes extremos de sus posesiones, la estela actuaba como un estático substituto de la presencia real y divinizada, ya que tenía inscriptos en su superficie el nombre del monarca y su imagen.²²

La presencia física del rey, tanto en persona como mediante su imagen en la estela conmemorativa o en la forma de una estatua, era considerada por entonces suficiente para demostrar la existencia de control político, al menos de manera puramente ideológica. Para reforzar el efecto simbólico, el rey sólo necesitaba presentarse junto a sus ejércitos en los territorios asiáticos y recibir el tributo de las poblaciones súbditas. La maquinaria administrativa sólo se aseguraría de que los materiales preciosos llegaran al valle de Egipto de la manera más apropiada, pero la sola acción de la burocracia no garantizaba por sí misma la fluidez del tributo hacia el centro del sistema.²³

La suerte de "control simbólico nominal" que ejercía el faraón en Palestina se relacionaba directamente con factores internos en Egipto. Lo que realmente necesitaba el faraón era persuadir a la población egipcia de que él era quien controlaba el mundo; una realidad que se mostraba periódicamente con la exhibición pública de la parafernalia "imperial" y de los bienes suntuarios que llegaban al valle del Nilo. Era ésta su principal preocupación, y no el establecimiento de una maquinaria de efectivo dominio en las tierras asiáticas, consideradas desde siempre como una periferia "bárbara". Todo giraba entonces en torno del índice de prestigio que el faraón alcanzase en Egipto mismo.²⁴

La bien conocida "unilateralidad" de la perspectiva política egipcia contrasta, sin embargo, con el alto número de reclamos y tácitas negociaciones promovidas desde los reinos súbditos, que aparecen muy frecuentemente en varias cartas de Amarna. Las relaciones problemáticas con Amurru o Biblos, que mantenían un comportamiento casi autónomo en sus relaciones internas en Siria y Palestina, pero que siempre buscaban el definitivo aval del gran señor egipcio, es una clara evidencia de

²² Véase Mario Liverani, *International relations in the Ancient Near East, 1600-1100 BC*, Palgrave, 2001, p. 34.

²³ *Ibid.*

²⁴ *Ibid.*, p. 25.

que Egipto nunca reguló sus interacciones con los reyezuelos sirios mediante un tratado formal, en el cual las obligaciones de ambos bandos estuviesen puestas por escrito sobre tablillas de arcilla.²⁵ En cambio, el instrumento de sujeción parece haber sido sólo un especial juramento de lealtad conocido como *sedjfa-teryt* en egipcio, que presentaban los líderes de los pequeños reinos sometidos a la tutela del faraón. Un ejemplo de estos juramentos parece ser la promesa que le hacen a Tutmosis III los líderes sirio-palestinos luego de la batalla de Megiddo:

No volveremos [a actuar] de forma malvada hacia [el rey] Menkheperre —que él viva para siempre— nuestro señor, durante nuestras vidas, ya que nosotros hemos visto su poder y él nos ha dado aliento a su placer. Es su padre [Amun-Re, señor de los tronos de las dos tierras] quien lo hizo; no es seguramente ninguna acción humana.²⁶

Para este juramento no existe ninguna clase de respuesta del faraón. Egipto sometía a estos principes sin ofrecer nada a cambio: muy por el contrario, el faraón no prometía ni aseguraba protección de ninguna especie. Este modo de relacionarse con pequeños reinos súbditos contrasta definitivamente con el arreglo jerárquico de los tratados políticos de “vasallaje” provenientes de otras regiones del próximo oriente asiático durante el mismo periodo histórico, pues en éstos el pequeño rey garantizaba su lealtad al gran señor mientras mantenía el derecho de ser rescatado por este último en tiempos de dificultades.²⁷ Claro que este modelo es el de los tratados hititas, quienes parecen haber entendido la relación de subordinación de un modo diferente. La posición del gran rey conllevaba entonces una serie de obligaciones que el rey de Egipto no estaba aparentemente dispuesto a asumir.

Westbrook señala que un tratado entre reyes era simplemente un contrato que ligaba a sus respectivas “casas”, del mismo modo que podía suceder dentro de los sistemas legales domésticos.

²⁵ Véase William Murnane, “Imperial Egypt and the limits of power”, en Raymond Cohen y Raymond Westbrook (ed.), *Amarna diplomacy. The beginnings of internal relations*, The Johns Hopkins University Press, 2000, p. 104.

²⁶ Este pasaje de la estela de Tutmosis III es citado en *ibid.*, p. 105. La traducción es mía.

²⁷ Véase Mario Liverani, *International relations..., op. cit.*, p. 40.

cos del cercano oriente antiguo. La analogía cobra más sentido si se usa un esquema teórico de tipo "patrimonialista", de corte sociológico weberiano.²⁸ Hay elementos para basar esta afirmación: el término acadio *rikiltu*, usado con frecuencia para referirse a contratos domésticos, es el nombre que se le asigna a los tratados "internacionales" durante el periodo cubierto por los archivos de El-Amarna.²⁹ Si la analogía con el mundo doméstico es operativa, podríamos decir también que así como el juramento oral es probablemente la parte más importante de un tratado entre unidades domésticas, así lo era entonces también para los tratados interestatales. Así, los convenios no tenían necesariamente que terminar en forma escrita. Luego los modos formales de composición escrita de tratados pueden haber modificado las tradiciones orales de juramentos, como se puede ver en ciertos pasajes bíblicos. En el Génesis (31, vv. 44-54) se describe cómo Jacobo y Laban llegan a un acuerdo, pero los detalles son tan solemnes y el estilo es tan legalista que uno fácilmente llega a preguntarse si el autor no tuvo en mente algún tratado interestatal cuando compuso el pasaje.

Si existe o no una relación directa entre la elección de no dejar por escrito los juramentos de lealtad y las formas de comportamiento político en las regiones sometidas es una cuestión difícil de resolver, pero lo cierto es que todos los datos parecen indicar que los pequeños reinos súbditos del área egipcia disfrutaban de relativa libertad en asuntos locales, que sus contrapartes bajo influencia hitita no tenían. Un comportamiento leal se entendía en el área egipcia sólo como la mera transmisión de datos importantes sobre las actividades de los reinos vecinos,³⁰ una tarea que Rib-Addi de Biblos desempeñaba muy bien. Sin embargo, la supuesta obligación de denunciar las conductas desleales de otros reyes fue ciertamente fuente de continuos problemas políticos.

²⁸ Un estudio extensivo del modelo patrimonialista y su aplicación para las sociedades del próximo oriente se encuentra en el libro de J. David Schloen, *The House of the Father as Fact and Symbol*, Harvard Semitic Museum Publications, Eisenbrauns, 2001.

²⁹ Véase Raymond Westbrook, "International law in the Amarna Age", en Raymond Cohen y Raymond Westbrook (ed.), *Amarna diplomacy...*, op. cit., pp. 36-37.

³⁰ Véase Raymond Cohen, "Intelligence in the Amarna letters", en Raymond Cohen y Raymond Westbrook, *Amarna diplomacy...*, op. cit., pp. 85-98.

Mientras los asuntos locales en Siria y Palestina eran conducidos en su totalidad por los reyezuelos, quienes se sentían capaces de expandir sus órbitas de poder con la conquista de otras ciudades y tierras sin poner nunca bajo amenaza la posición de Egipto como propietario último, el faraón se mostraba preocupado sólo por su propio estatus. Al rey de Egipto le importaba poco lo que los pequeños reyes hicieran en sus tierras personales, salvo que éstas amenazaran con desestabilizar las bases del sistema.

En la ideología egipcia siempre se hizo presente una preocupación particular por el mantenimiento del orden social en sus posesiones. Para Egipto la idea de paz significaba alcanzar un estado de orden, de descanso, de inmovilidad. Si una revuelta tenía lugar en tierras extranjeras, los egipcios preferían ver que los elementos rebeldes terminaran muertos, y si ellos no podían obtener esta tranquilizadora imagen, la segunda opción era aceptarlos en una posición de sometimiento. La iconografía en los monumentos los muestra bajo los pies del gran rey, una pintura que se usaba frecuentemente en las cartas dirigidas al faraón: "Me inclino a los pies del rey, mi señor, por siete veces", imagen que termina por ser una fórmula para expresar subordinación. Muchas veces el rey súbdito proclamaba en la correspondencia que él se arrojaba al suelo "siete veces sobre su barriga y sobre su espalda" para honrar la divina presencia del gran rey de Egipto. Mario Liverani ha sugerido que éste es el mejor modo de permitirle al gran rey pisotear al gobernante ciudadano sujeto a la autoridad egipcia, una idea que tiene su base documental en las pinturas del corredor ceremonial del palacio real de Amarna, donde nubios y asiáticos fueron grabados para ser pisoteados diariamente por el faraón.³¹ Si éste fuese el caso de la concepción egipcia del poder y el sometimiento de elementos foráneos, y parece serlo definitivamente, podríamos concluir que al menos el sector dirigente egipcio consideraba los conflictos en los territorios asiáticos como verdaderos síntomas de una crónica condición típica de la periferia. Esta visión ideologizada habría sido compartida desde luego por amplios sectores de la población. En caso de que los conflictos

³¹ Véase Mario Liverani, *International relations..., op. cit.*, p. 97.

crónicos se agudizasen y se convirtieran en una amenaza para la estabilidad general del sistema, el ejército egipcio podía intervenir y eliminar sus causas.

La pregunta es: ¿Abdi-Ashirta era una amenaza real para el sistema? Para responder a este cuestionamiento podría ser útil la lectura de la carta número 73 del archivo El-Amarna, cuyo autor fue Rib-Addi de Biblos:

¿Por qué has sido negligente y no le hablas al rey, tu señor, así tú puedes partir junto a los arqueros y caer sobre el país de Amurru? Si ellos se enteran de que los arqueros han partido abandonarán sus ciudades y desertarán. ¿[Acaso] no sabes que Amurru sigue al poderoso? Mira, ellos no están siendo ahora fieles a Abdi-Ashirta. ¿Qué es lo que él les hará? [Así entonces] ellos están día y noche ansiendo la partida de los arqueros [pensando] "sumémonos a ellos". Todos los hazannu quieren que esto le sea hecho a Abdi-Ashirta, ya que él envió un mensaje a los hombres de Ammiya [en el que decía] "Maten a su señor y súmense a los Apiru". De acuerdo con esto los hazannu dicen: "Él nos hará lo mismo a nosotros y todas las tierras se sumarán a los Apiru".³²

El pasaje citado se compone de dos partes. La primera es una nueva llamada para el pronto envío de tropas de élite egipcias, las que Rib-Addi precisa desesperadamente para salvar su posición en Biblos. La carta estaba dirigida al funcionario egipcio Amanappa, quien aparentemente estaba a cargo de alguna de las divisiones de la "cancillería" egipcia en la corte de El-Amarna. El estilo del mensaje es bastante directo: se usa segunda persona singular todo el tiempo, lo que indica un grado alto de familiaridad entre los dos individuos. Rib-Addi parece recordarle al alto oficial las potenciales rupturas internas que sufría la alianza que había construido Abdi-Ashirta. No está explícito a qué grupo social se está refiriendo el rey de Biblos, aunque menciona que estos hombres abandonarían las ciudades cuando el ejército egipcio se hiciese presente en la zona. No es difícil asumir

³² Líneas 6-33: ana mînim, qâlâtâ u lâ taqbu, ana șarri bêlika, u tușana qadu șâbê, pîtâti u timaqqutu, muhhi Amurri șumma, tieșmuna așimi șâbê, pîtâti u izibu alânișunu, u pațrû atta ul, tidi Amurri inûma, așar Dannî tillakuna, u annuș inanna, ul irammû ana Abdi-Âșirta, mîna îpușû ana șâsunu, u tuqaunu urra, u mûșam ăzi șâbê, pîtâti u nitipuș, ana șâsê u kali, hazannûte tubaunu, ippeș annûtum ana Abdi-Âșirta, inûma iștâpar ana amelüt, Ammiya dukumi bêlakunu, u tinnipușu ana, Apîri kînanna tiqbuna, hazannûtu kînanna, îpușu ana yâsinu u tinnipușu kali mâtâti, ana Apîri.

que Rib-Addi habla de los grupos de Habiru que habrían estado ocupando ciudades y aldeas luego de las rebeliones. Es posible que el líder de Amurru no tuviese totalmente asegurado el apoyo de estos grupos, quienes variarían de posición política según las circunstancias.

La segunda parte del extracto de la carta 73 trata del programa político de Abdi-Ashirta. Es evidente que el líder de Amurru estuvo aprovechando los serios problemas socioeconómicos en la región en búsqueda de una base de apoyo. Abdi-Ashirta convocaba a una rebelión general contra la clase gobernante urbana. Cuando Rib-Addi cita las palabras de otros gobernantes no puede estar simplemente inventando historias. La frase “maten a su señor” fue usada frecuentemente en varios textos, siempre en un contexto de denuncias contra la campaña de Abdi-Ashirta. Si Rib-Addi escoge precisamente esas palabras y no otras es porque eran muy bien conocidas por la administración egipcia: el uso de la frase busca crear cierta preocupación en la corte.

A modo de conclusión

La presencia egipcia y la última propiedad divina del faraón sobre las tierras de Siria y Palestina no parecían estar bajo amenaza; al menos no directamente. El ataque de Abdi-Ashirta y sus habiru a las ciudades de la costa libanesa parece más bien poner en riesgo el *statu quo* del sistema de dominación local. Sin tener datos sobre las reales intenciones de Abdi-Ashirta lo cierto es que este líder estaba sentando las bases de un alternativo modelo de estructura política; uno donde al menos en principio no habría una línea vertical de dominación-subordinación con el rey citadino como vértice superior. Si los grupos de habiru, que habían sido marginados de las ciudades costeras por razones socioeconómicas, no impusieron sus intereses en la expansión del programa político de Abdi-Ashirta, no se entiende entonces el deliberado ataque contra la figura del rey de una ciudad-Estado. Ahora, un cambio en el estado de cosas en Siria y Palestina, una desestructuración de esta naturaleza, puede haber sido vista por los ojos egipcios como una muy peli-

grosa alteración de los modelos tradicionales en un área geográfica caracterizada como caótica. Y es que mientras los egipcios esperaban alcanzar la paz y el equilibrio universal mediante la sumisión, la gente de Abdi-Ashirta pregonaba una futura paz lograda mediante la rebelión.³³ ♦♦

Dirección institucional del autor:

*New York University
8649 Grand Ave, Apt. 4
Elmhurst, NY, 11373*

Bibliografía

BOTTÉRO, Jean (1954), *Le problème des Habiru*, París.

COHEN, Raymond (2000), "Intelligence in the Amarna letters", en Raymond Cohen y Raymond Westbrook (ed.), *Amarna Diplomacy. The Beginnings of Internal Relations*, The Johns Hopkins University Press.

GILES, Frederick (1997), *The Amarna Age: Western Asia*, Warminster, Aris & Phillips.

IZRE'EL, Shlomo (1991), *Amurru Akkadian: A linguistic study*, vol. II, Harvard Semitic Studies 41.

KEMP, Barry (1991), *Ancient Egypt. Anatomy of a civilization*, Londres, Routledge.

KUPPER, Jean Robert (1957), *Les nomades en Mésopotamie au temps des rois de Mari*, París.

LIVERANI, Mario (1979), "Social implications in the politics of Abdi-Ashirta of Amurru", en Mario Liverani, *Three Amarna essays*, Undena Publications.

— (2001), *International relations in the Ancient Near East, 1600-1100 BC*, Palgrave.

LONGMAN III, Tremper (1991), *Fictional Akkadian Autobiography. A generic and comparative study*, Eisenbrauns.

MERCER, Samuel (ed.) (1939), *The Tell El Amarna Tablets*, The MacMillan Company of Canada Limited.

MORAN, William (1987), *Les Lettres d'El-Amarna*, Les Éditions du Cerf.

³³ Véase Mario Liverani, *International relations...*, op. cit., p. 100.

— (2003), “Join the ‘Apiru or become one?”, en William Moran, *Amarna Studies: Collected writings*, editado por John Huehnergard y Shlomo Izre’el, Eisenbrauns.

— (2003), “The death of Abdi-Ashirta”, en William Moran, *Amarna Studies: Collected writing*, editado por J. Huehnergard y S. Izre’el, Eisenbrauns.

MURNANE, William (2000), “Imperial Egypt and the limits of power”, en Raymond Cohen y Raymond Westbrook (ed.), *Amarna diplomacy. The beginnings of internal relations*, The Johns Hopkins University Press.

POSTGATE, J. N. (1994), *Ancient Mesopotamia*, Routledge.

ROWTON, Michael (1965), “The topological factor in the Hapiru problem”, *Studies B. Landsberger*, Chicago.

SCHLOEN, J. David (2001), *The House of the Father as Fact and Symbol*, Harvard Semitic Museum Publications, Eisenbrauns.

SINGER, Itamar (1991), “A concise history of Amurru”, en Shlomo Izre’el, *Amurru Akkadian: A Linguistic Study*, vol. II, Harvard Semitic Studies 41.

WESTBROOK, Raymond (2000), “International law in the Amarna Age”, en Raymond Cohen y Raymond Westbrook (ed.), *Amarna diplomacy. The beginnings of internal relations*, The Johns Hopkins University Press.